

Berthe Lowenstein

Traducción de Montserrat Soler

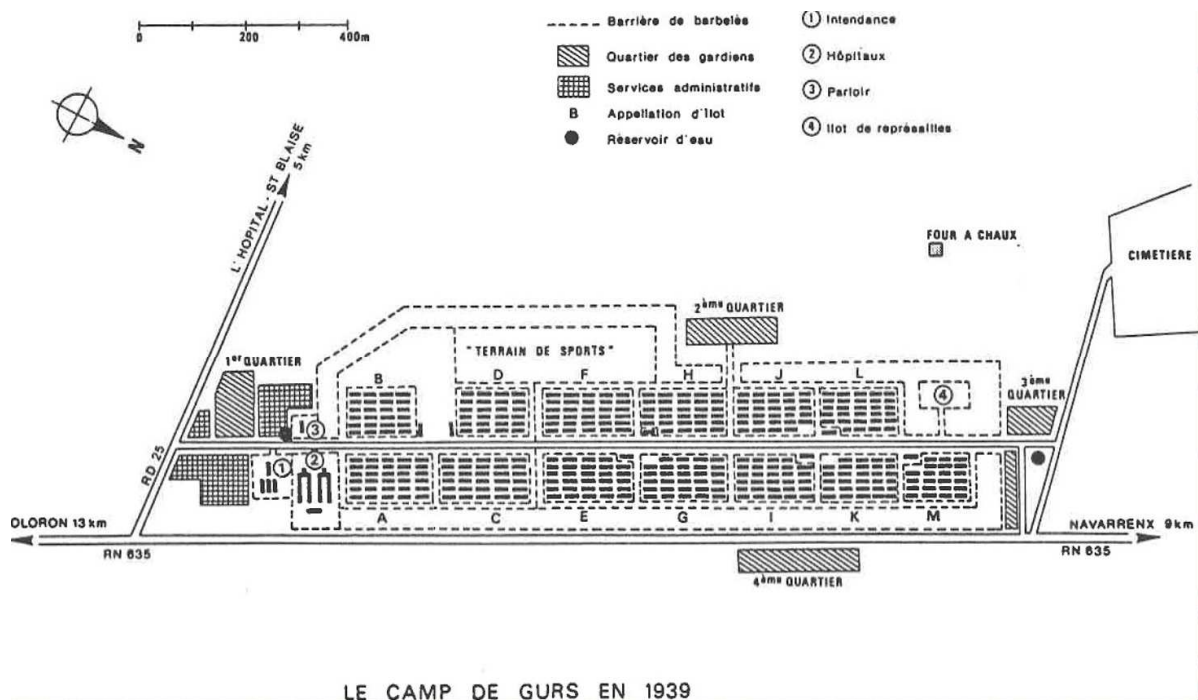
Mes souvenirs de guerre

Mis recuerdos de guerra

El día **10 de mayo de 1940**, a las 5.15 de la mañana aproximadamente, un ruido ensordecedor de aviones, que iba aumentando minuto a minuto, despertó a mi madre. Volaban tan bajo que parecían que iban a arrancar las chimeneas de nuestras casas. Venían de Luxemburgo camino de Bettembourg. ¿Qué ocurría? Mi madre estaba muy nerviosa y nos despertó a los tres. Serían los “Boches”, así se llamaban soldados alemanes, de los que se llevaba hablando con frecuencia últimamente. ¿Qué debíamos hacer? Era demasiado tarde para emprender la huida, así que nos quedamos en casa, desde donde vimos llegar desde Itzig a las tropas alemanas motorizadas dirección a Bettembourg. Algunos nazis luxemburgueses celebraban jubilosos la llegada de los nazis alemanes a los que les mostraban el camino. Durante todo ese día y los siguientes se oía el incesante ruido de fondo de las motos, tanques y camiones en las calles. Y a lo lejos, en la frontera con Francia, el ruido sordo de los cañones. Por momentos las luchas aéreas pasaban a ser las protagonistas y teníamos que refugiarnos en la despensa de casa cavada en la roca. Al principio se hablaba de un posible desalojo, por lo que teníamos preparada la maleta con lo imprescindible. Pero con la llegada de los alemanes, esa posibilidad quedó descartada. La ansiedad y el miedo se apoderó de todos nosotros. Papá ya no iba a trabajar, a nosotros nos prohibieron asistir a la escuela, nuestros vecinos nos ignoraban. Qué nos podía ocurrir no se nos iba de la cabeza, era una pesadilla constante que no dejaba de martirizarnos, día y noche. Permanecemos en casa hasta **diciembre de 1940**, cuando decidimos abandonar nuestro querido país. La salida estaba prevista para el jueves, nevaba y hacía un frío glacial. La gente agrupada en grupos se despedía con tristeza. Empezamos a subir a los autobuses, pero hacía tanto frío

que la nieve del parabrisas se congelaba y al conductor le era imposible ver la carretera. Decidió abortar el viaje; así que tuvimos que aplazar el viaje al día siguiente. Llegados a ese punto no podíamos rendirnos, teníamos que ser fuertes. El objetivo de todos los que llenábamos el autobús era llegar a la Francia Libre de Vichy a casa de amigos y familiares. Pasamos la frontera como turistas. Cruzamos Thionville y Metz desiertos y llegamos sin incidentes graves a Dijon. Buscamos alojamiento y al día siguiente llegamos a la frontera que separaba la Francia ocupada y la Francia libre del mariscal Petain. Nos subimos en un tren que iba a Mâcon, donde pensábamos quedarnos una temporada. Alguien de Chalon-sur-Saône nos debió denunciar a la policía secreta de Mâcon y nos impidieron salir de la estación. Los gendarmes nos encerraron en la sala de espera y la policía secreta se nos llevó los papeles, que nunca nos devolvieron. Nos dijeron que buscáramos alojamiento en la ciudad y que nos presentáramos al día siguiente por la mañana. ¿Qué iba a ser de nosotros? Apenas pudimos pegar ojo en el vestíbulo de un hotel cerca de la estación de ferrocarril. Excepto a los que no se presentaron a la mañana siguiente, nos enviaron de regreso a Chalon-sur-Saône, en zona ocupada. Los alemanes controlaban la documentación de todos los pasajeros del tren y gritaban sin cesar “todos los judíos, abajo”. Salimos de nuevo a Mâcon, donde otra vez fuimos arrestados. Dos vagones helados repletos de judíos fueron enganchados a un tren dirección a Pau. De camino a Pau, ya empezamos a oír la palabra Gurs. Me acuerdo perfectamente haber oído en Luxemburgo que Hitler había deportado a miles de judíos de Baden, Sarre y Palatinado al campo de concentración de Gurs en los Pirineos Atlánticos, en la región del Béarn, en el mes de **octubre del 40**. Creíamos que una tía nuestra se encontraba allí. Nos hubiera encantado visitar las ciudades de Montpellier o Pau, pero estábamos presos y sólo pudimos verlas de lejos. En Pau cambiamos de tren dirección a Oloron-Sainte-Marie. Desde el campo de Gurs nos vinieron a recoger a la

estación de ferrocarril en camiones. En las oficinas del Campo nos registraron a cada uno de los nuevos confinados y nuestras maletas. Se quedaron nuestra documentación y el dinero que llevábamos encima. Tomaron todos nuestros datos y nos llevaron al Campo, que lo formaban interminables filas de barracones separados por una vía central de casi 2 kilómetros por orden alfabético, de la A a la M, 13 islotes, de 30 barracones cada uno. Paramos delante del islote H, exclusivamente para hombres, y allí desapareció mi padre junto a otros más. A nosotros, mujeres y niños hasta 12 años nos pusieron en el islote L. A mi madre, a mi hermano y a mi nos asignaron el **barracón número 17**.



Nos encontramos con un lugar hacinado, frío, oscuro, húmedo, con una estufa en el centro, siempre fría. Era un lugar miserable. A derecha e izquierda había jergones alineados donde yacían mujeres todo el día, sin posibilidad de sentarse por falta de espacio. La poca ropa que tenían colgaba de cuerdas entre los listones de la estructura de madera del barracón. Éramos incapaces de hablar entre nosotros, pero sabíamos perfectamente cuáles eran nuestros pensamientos. Nos adjudicaron 3 jergones, 6 mantas, 3 cucharas y 3 tenedores oxidados. Nos

puedieron al lado de la puerta, el peor sitio imaginable. Y pronto supimos porqué. Allí se desprendía la nieve y el barro de los zapatos de las mujeres y niños que entraban al barracón. Cuando la puerta estaba abierta llovía o nevaba encima de nuestros jergones. De noche y de día el viento helador se escurría entre las maderas que no ajustaban del barracón, haciendo el espacio hacinado inhabitable. Los ventanucos no ajustaban y también dejaban entrar el agua en el interior. Además de la humedad y el frío que corroía nuestros cuerpos, los barracones estaban atestados de pulgas, chinches, ratones y ratas que anidaban entre las pertenencias de las internadas y debajo de las tablas del suelo. Cada islote tenía lavabos al aire libre comunitarios, pero nada con qué lavarnos. Para comer, algunas hojas de col, calabaza o garbanzos con un trozo de pan negro húmedo. La primera vez que pasamos por Gurs, comíamos en latas de conservas. A mi padre lo veíamos media hora cada dos días y comentábamos que mi madre adelgazaba y envejecía de una forma alarmante. Nuestra única esperanza de salir del Campo eran mi tía y mi tío franceses que vivían entonces cerca de Limoges. Ellos eran los únicos que podían hacer los trámites necesarios para sacarnos del Campo. Un día mi tío vino a vernos y consiguió un permiso de 8 días para los 4 que pasamos en Oloron-Sainte-Marie. Lo primero que hice fue darme un baño y cambiarme de ropa. Cenamos juntos con un apetito voraz y por la noche no pudimos pegar un ojo por la comodidad de las camas. Tres semanas durmiendo en jergones duros con una fina capa de paja habían dejado nuestros huesos muy doloridos. Los 8 días de libertad pasaron muy rápido, pero volvimos con la seguridad de que nuestro tío pronto podría sacarnos de aquel infierno de barro del que muchas veces tenían que ayudarnos para poder salir. Y así fue, **a finales de enero de 1941** nos pusieron en libertad. Allí dejamos a mi tía y a los amigos que habíamos hecho. Es indescriptible el alivio del cuerpo y del alma que se experimenta cuando dejas un lugar así. Nuestra nueva residencia se encontraba en un pueblo a 40 kilómetros de Montauban. La vida

era tranquila y agradable si no fuera por el trato que recibíamos de los colaboracionistas a los que les encantaba hacer el mal a los extranjeros. Un día, **hacia mitad de agosto de 1942**, los gendarmes les advirtieron a una de las familias que vivían en el pueblo, el padre trabajaba en un Grupo de Trabajadores Extranjeros, de que tenían una hora para hacer las maletas antes de que vinieran a buscarlos. Todos ellos fueron deportados junto con mi tía al campo de Gurs. Una semana más tarde de la deportación, el sargento primero de la localidad obligó a tres familias más a abandonar el pueblo. Esta atmósfera de miedo y persecución constantes era irrespirable. Pronto nos tocó a nosotros y mi familia y la de mi tío fueron deportadas a Gurs como si se tratara de maleantes escoltados por dos gendarmes. Las condiciones de vida habían mejorado desde la última vez que estuvimos. Cada uno teníamos un camastro y podíamos circular libremente por los islotes durante el día. Había organizaciones humanitarias que hacían más agradable la vida de los niños y enfermos, proporcionándoles un suplemento de comida. El arte hacía la vida de los confinados más llevadera. La comida seguía siendo tan mala como en 1940. Mi madre muchas veces era incapaz de levantarse por debilidad. Pero los días más tristes, más conmovedores, fueron los de las deportaciones de los judíos a Auschwitz-Birkenau durante los meses de **febrero y marzo de 1943**. Fueron días muy duros, nadie, incluso los que trabajaban en el Campo, podían moverse libremente. Todo el mundo estaba en peligro. El Campo estaba rodeado de gendarmes de la guardia móvil y por las noches se oían autobuses y camiones ir y venir del Campo con personas que habían capturado en las redadas de pueblos y ciudades de Francia. El día de mi cumpleaños, una señora me dijo: «Un señor que se encuentra en el islote de los recién llegados, que esta al lado del nuestro, desea hablar con su madre». Preocupada, se lo dijo a mi madre, a mi prima y a mi tía. Y fuimos a ver quién podía ser. Asustadas reconocimos a mi primo. Lo habían arrestado en una granja al lado del pueblo donde habíamos vivido cerca

de Montauban. A los gendarmes no les importaba la distancia donde se encontrarán sus víctimas. Le dijimos que huyera, pero esperaba del alcalde del pueblo un telegrama que lo liberara. El director adjunto del Campo olvidó el telegrama en su bolsillo y el día **2 de marzo**, mi primo fue encerrado en otro islote con centenares de personas más. Dos guardias en cada puerta de cada barracón vigilaban a los prisioneros hacinados en los barracones. Siempre faltaban hombres al llamamiento y entonces necesitaban sustitutos. Pensábamos en mi padre. No tenía que caer en la boca del lobo, sabíamos muy bien de lo que eran capaces y lo que habían hecho con los deportados de los convoyes de agosto y septiembre del año anterior. No pudimos salvar a mi primo, pero teníamos que salvar a mi padre. Por fin, esos días de angustia pasaron dejando muchos corazones destrozados por el dolor. El Campo permaneció tranquilo hasta septiembre, cuando se empezó a vaciar. A los hombres que liberaban los sometieron a un reconocimiento médico antes de enviarlos a diferentes destinos a trabajar. Mi hermano era demasiado joven y mi padre demasiado mayor para formar parte de este primer grupo. El día **10 de noviembre de 1943**, se lo llevaron con 7 personas más a Ariège para trabajar en las minas de fosfatos. Incapaz de realizar este trabajo, lo enviaron a cortar leña y a talar árboles. Nunca estaba mucho tiempo en cada sitio, los llevaban de un Departamento a otro. Por fin, le encontraron trabajo en Limoges. A nosotros nos trasladaron 15 días más tarde de la salida de mi padre a un campo cerca de Limoges. En marzo, un grupo de milicianos rodearon el campo a las 6 de la madrugada y se llevaron a todos los hombres a la cárcel de Limoges, al campo de Saint Paul d'Eyjeaux o al de Nexon. **En octubre de 44**, fuimos liberados por decreto prefectoral. Por fin, una vida más normal iba a empezar para todos nosotros. Debíamos volver a acostumbrarnos. Cuando íbamos a la ciudad a menudo me invadía un complejo de inferioridad muy fuerte, y solamente después de muchas semanas, siempre en contacto con ciudadanos, se

me fue pasando. Inmediatamente después de nuestra liberación, nos pusimos en contacto con los servicios de la administración de Luxemburgo, pero tuvimos que esperar aún muchos meses hasta que cumplimos con todos los trámites necesarios. Por fin nos llegó el turno y pudimos abandonar Limoges el **24 de junio de 1945**. Después de una estancia demasiado corta en París, nos alejamos de tierras francesas para ver de nuevo nuestro querido Luxemburgo, nuestros verdaderos amigos, nuestros parientes de los que habíamos tenido muy pocas noticias en tanto tiempo fuera de nuestro país. Eramos tan felices de volver a casa, de no ser considerados ya como extranjeros por esos franceses que tanto habíamos querido antes de la guerra.

Sin embargo, a tanta alegría se unía el inmenso dolor que sentíamos por la ausencia de mis primos, de los que no volvimos a saber nunca nada más, de mi tío, y de tantos y tantos ciudadanos que no volverían jamás a pisar su patria.

Berthe Lowenstein